

1 Viendo a Dios - el Propósito de la vida

**Mi meta es Dios mismo, no el gozo, ni la paz,
ni aun la bendición, sino El, mi Dios.**

¿Cuál es el propósito de la vida? Esta es la pregunta a la cual la mayoría de nosotros ha anhelado encontrarle la respuesta. Nosotros mismos nos vemos arrastrados y empujados en diferentes direcciones por urgencias internas, anhelos, y deseos que nos parecen imposibles de satisfacer. Vemos con envidia a otros y nos imaginamos que sus vidas son más plenas y satisfactorias que las nuestras. Pensamos que si pudiéramos ganarnos determinados premios, o disfrutar de ciertos placeres, nos sentiríamos realmente satisfechos, pero, cuando al fin los alcanzamos, nos damos cuenta que no somos más felices que anteriormente. Y, cuanto más envejecemos, mayor frustración experimentamos, haciéndonos siempre la misma pregunta: ¿Cuál es el propósito de la vida? ¿Cómo podré hallarlo? ¿Cómo identificar al verdadero? Estas son preguntas que necesitan ser resueltas tanto por los que profesan ser cristianos como por las personas que no conocen a Dios.

Sin embargo, cuando nos volvemos a la Biblia encontramos una respuesta clara y sencilla a esta pregunta fundamental, la cual, establece plenamente que el propósito de la humanidad es uno solo, cualesquiera sea el sexo, edad, nacionali-

dad, o estado social de los individuos en particular.

“¿Qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos y que lo ames. . .”
Deut. 10:12.

“Oh hombre, El te ha declarado lo que es bueno; y ¿qué pide Jehová de ti: solamente. . . humillarte ante tu Dios”.
Miqueas 6:8.

“Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. . .”
Marcos 12:30.

Está a la vista entonces, que la Biblia responde la pregunta, “¿Cuál es el propósito de la Vida?” Es conocer, amar y caminar con Dios; esto es ver a Dios. Con razón los hombres de los primeros tiempos llegaron a decir que el fin de la vida era “la visión de Dios”. Los clérigos, que en el Siglo XVII redactaron la Confesión de Westminster contestaron la pregunta “¿cuál es el principal fin del hombre?” con estas palabras: “El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozarse con El por siempre”.

Hoy, sin embargo, no oímos mucho sobre la necesidad de ver a Dios. Pero, al volver las página del pasado nos damos cuenta de nuestra falta de enfatizar esto en nuestros sermones como en la vida cristiana. En aquellos primeros días encontramos, aun en los tiempos de oscuridad espiritual, que siempre hubo algunos creyentes qu

estaban dominados por una pasión que los consumía: el anhelo de ver a Dios. Para ellos existía una sola meta, conocer a su Dios. Sus corazones estaban sedientos y sabían que sólo Dios podía satisfacerles su sed. Cuando leemos sobre búsqueda de Dios encontramos a algunos de ellos viajando por caminos desconocidos. Los vemos viviendo en el desierto, en cuevas, o retirados en los monasterios. En su ardiente deseo de santidad, “sin la cual ningún hombre puede ver a Dios” (Heb. 12:14), se despojaban a sí mismos de todas sus posesiones terrenales, mortificaban sus cuerpos infligiéndose torturas. En algunas oportunidades fueron hasta fanáticos, otros, de una introspección mórbida. En un análisis retrospectivo nos parecen ahora, muchos de ellos, unas pobres y descarriadas almas víctimas del legalismo y del más exagerado ascetismo. Pero siempre debemos recordar, que esas cosas fueron hechas en la búsqueda y el anhelo de encontrar a Dios, y que su énfasis fue la santidad personal con el fin de ver a Dios.

En los tiempos que vivimos la situación es muy distinta. Tenemos mucha más luz en la Biblia y en el mensaje del Evangelio, por lo cual a veces miramos despectivamente a aquellos buscadores del ayer. Pero el hecho más impresionante, es que la llegada de más luz no nos ha aumentado la pasión por ver a Dios. En realidad, parece que ha tenido un efecto contrario. Falta esa hambre profunda por ver a Dios, lo cual podría revelar que hemos rebajado la meta de nuestra vida cristiana, contentándonos con algo inferior a la propia Persona de Dios.

Dos posiciones muy significativas están vigentes hoy.

Primero que todo, en lugar de insistir en la santidad con el fin de ver a Dios, se enfatiza el servicio a Dios. Hemos llegado a creer que la vida cristiana consiste en servir a Dios tan completa y eficientemente como podamos. Las técnicas y los métodos con los cuales se espera hacer conocer el Evangelio de Dios con mayor éxito, son lo de mayor importancia. Para lograr este propósito necesitamos poder, por lo cual nuestro anhelo de Dios se ha trocado por el empeño de lograr una capacidad mayor para servir más efectivamente a la causa del evangelio. Así, la calidad o productividad de los servicios prestados se ha convertido en el patrón de evaluación de la vida cristiana, y muy frecuentemente, la consagración de un hombre a Dios es juzgada por los éxitos que haya alcanzado en su trabajo y obras cristianas.

También existe hoy cierta tendencia a enfatizar la búsqueda de experiencias espirituales. Mientras que la mayoría se contenta con vivir un bajo nivel espiritual, es bueno que algunos se preocupan por sus vidas cristianas, lo que está correcto. Sin embargo, este empeño no procede del hambre por Dios, sino del ansia por las experiencias internas de felicidad, gozo y poder, y nos encontramos buscando ese "algo" en vez de buscar a Dios.

Ambos fines se quedan muy lejos de lo que Dios dispuso para el hombre: glorificar a Dios y gozarse con El por la eternidad. Tales hombres no satisfacen el corazón de Dios y tampoco satisfacen los nuestros.

* * * * *

Para comprender el porqué ver a Dios debe ser el principal propósito de la vida, y la razón por la cual nos ha hecho tal demanda, debemos regresar al pasado, al propio amanecer de la historia.

La historia del hombre comenzó cuando Dios, Quien es completo en Sí mismo, deliberadamente escogió, tal parece, estar incompleto sin las criaturas de su propia creación, “porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.” (Apoc. 4:11). Fue este el propósito y no otro que agradar a Dios, por el cual el hombre vino a la existencia. Dios quiso que el hombre fuera para su deleite y el objeto de su afecto. Desde el punto de vista del hombre, la base original de esta relación fue completamente teocéntrica. El hombre supo que había sido creado solamente para agradar a Dios y que su único deber era corresponder a tan Divino amor, vivir para El y hacer Su voluntad. Era su gozo someter continuamente su voluntad y sus deseos a su Creador, sin obrar nunca independientemente. Vivió así el hombre en sumisión a Dios y todas las necesidades de su naturaleza humana eran satisfechas por Dios. Dice C. S. Lewis, en la descripción de esa relación antes de la primera caída: “En un movimiento cíclico perfecto, ser, poder y gozo, como dádivas, descienden de Dios al hombre, para retornar luego a El en obediente amor y adoración extática”. Realmente fueron estos los “días triunfales” de la raza humana, cuando el hombre estaba en su hogar, tanto en lo invisible como en la tangible realidad, cuando su facultad interior, llamada espíritu, fue capaz de tratar íntimamente con Dios que es Espíritu.

Insistir entonces, en que la meta suprema de la vida del hombre es ver a Dios y vivir en estrecha relación con El, no es exigir nada extraño o anti-natural. Es el verdadero propósito por el cual fuimos creados, la absoluta "razón de la existencia" de nuestro ser en la tierra.

Aún más, el único propósito de Dios de redimir al mundo con la vida de nuestro Señor Jesucristo fue que pudiéramos ver a Dios, ya que el hombre perdió muy pronto el propósito Divino para su vida y necesitó la redención. La amorosa y sumisa amistad con Dios no duró mucho tiempo. Aquellos paseos juntos en el fresco del día llegaron a su fin cuando el pecado irrumpió en el paraíso. Bajo la tentación de Satanás, quien le sugirió que por un simple acto de desobediencia podía el hombre dejar su posición subalterna de criatura y llegar a ser como "Dios" (Gn. 3:5), el hombre deliberadamente escogió no depender más de Dios. Se elevó a sí mismo, colocándose en el centro de su mundo en el lugar de donde antes se había gozado en colocar a Dios. Desde entonces se volvió un espíritu rebelde y orgulloso. No se sometería más voluntariamente a su Creador. No reconocería más haber sido creado por El. Además, de parte de Dios, la base de Su compañerismo con el hombre había sido rota, porque Dios en su Santidad no puede tener compañerismo con un hombre que no es santo. No puede haber comunión entre la luz y las tinieblas, entre la santidad y el pecado; el hombre instintivamente, se dio cuenta de esto y su primera reacción fue la de ocultarse de la presencia de Dios, detrás de los árboles del jardín.

Nosotros también, descendientes de aquellos

primeros pecadores, estamos envueltos en todo esto. Nacemos con la misma naturaleza hostil hacia Dios adquirida por Adán el día que pecó por primera vez. Todos comenzamos la vida como especialistas del “Yo”, como alguien muy bien describió, y gobernamos nuestras acciones por nuestros propios intereses. Es tanta la rebeldía del hombre a la autoridad de Dios que la Biblia dice: “No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios”. (Rom. 3:11) El corazón del hombre natural desafía a Dios y dice: “Apártate de nosotros, porque no queremos el conocimiento de tus caminos. ¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos”? (Job 21:14—15).

Así perdió el hombre el Divino propósito original para su vida. Ha determinado Dios dejar al hombre allí, con su separación y todas las miserias que le seguirán inevitablemente, sin que ningún ángel en los cielos pueda acusarlo a El de injusticia o de falta de amor. Dios ya le había demostrado su amor al hombre, y éste lo rechazó en Su cara. Pero el amor de Dios es tal que a pesar de haber hecho el hombre todo esto, El está dispuesto a aceptarlo y extiende Sus brazos y sus manos por segunda vez, esta vez para redimirlo. Para crear al hombre Dios habló y todo fue hecho, pero para redimirlo tuvo que derramar Su sangre. Esto fue cumplido en la persona de Su Hijo Jesucristo, quien fue enviado para tomar nuestro lugar y morir en la cruz por la multitud de nuestros pecados. La Redención, sin embargo, no fue una decisión ligera, como un recurso para hacer frente a una emergencia inesperada. Casi tan pronto como el pecado entró al Paraíso, habló Dios anunciando que habría de

venir UNO con el fin de reparar todo el daño que el pecado y Satanás habían hecho, y que además le aplastaría la cabeza a la serpiente (que es Satanás), y ésta lo heriría en el calcañar. En esta forma Dios revelaba que los lamentables sucesos no lo habían tomado por sorpresa, sino que por el contrario, ya existía desde siempre UNO reservado para hacer frente a la situación. Las Escrituras lo llaman "el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo" (Apoc. 13:8), porque Dios anticipó el remedio a la enfermedad. Todo esto fue hecho con el fin de recuperarnos a nosotros los hombres con nuestro pecado, orgullo, y naturaleza rebelde, poniéndonos nuevamente en relación con Dios, sumisos a Su voluntad y autoridad. Esta había sido interrumpida en la Caída, pero ahora se restablecía una vez más para El deleitarse con nosotros y nosotros con El.

Si el volvernos a poner en relación con Dios fue el propósito de Su Creación y de la Redención, podemos estar seguros que este será el principal objetivo en Sus tratos con nosotros. Si un ingeniero aeronáutico diseña un avión para volar a cierta altura, pero al momento de la prueba, éste no puede despegar de la tierra, seguramente que concentrará todos sus esfuerzos en lograr que su avión cumpla con los propósitos para los cuales lo construyó. Asimismo, Dios encaminó todos sus esfuerzos para que el hombre regrese a El. Un arrepentimiento inicial y el convertirnos a Dios son sólo la puerta de entrada al camino de retorno a nuestra amistad con Dios. Pero sólo cuando ya estamos en tal camino, comienza Dios a tratar con nuestro yo voluntarioso para que aunque sea doloroso o para nuestra voluntad

“enorgullecida e hinchada por años de usurpación”, volvamos a El en sumisión. Si por voluntad propia no le queremos y buscamos, frecuentemente permitirá que nos lleguen penas, sufrimientos, pruebas, enfermedades, frustraciones y fracasos, para que en nuestra necesidad le recurramos a El. Estos sufrimientos, sin embargo, no son punitivos, sino completamente restaurativos en su intención. Es el AMOR humillándonos y atrayéndonos al arrepentimiento ante Dios.

* * * * *

A la luz de todo esto, podemos ver cuán lejos están nuestras metas de la gran meta que Dios tiene en mente para nosotros. Las tales metas son el servicio y las actividades dedicadas a Dios, o la búsqueda de experiencias espirituales especiales.

Al concentrarnos en el servicio y las actividades consagradas a Dios, frecuentemente nos desviamos de la verdadera meta: Dios mismo. A primera vista nos parece heróico tirar nuestras vidas a un lado para servirle a Dios y a nuestro prójimo. Creemos que esto significará más para Dios que nuestra propia experiencia con El. Servir no parece egoísta, mientras que concentrarnos en caminar con Dios sí lo parece. Pero, en realidad es lo contrario. Las cosas que más le preocupan a Dios son nuestra frialdad de corazón para con El y el orgullo de nuestra naturaleza rebelde. El servicio cristiano en sí mismo (con mucha frecuencia) no toca nuestra naturaleza egoísta. Por esta razón, casi no se encuentra una iglesia, misión, o un comité a cargo de algún servicio especial que no tenga problemas de relaciones personales, con

lo cual se perjudica y se desvía en su progreso. Esto sucede porque el servicio cristiano frecuentemente da oportunidades de liderazgos y posiciones que no hemos podido alcanzar en el mundo secular y rápidamente caemos en el orgullo, el personalismo y la ambición. Con estas cosas ocultas en nuestros corazones, con sólo trabajar al lado de otros, nos damos cuenta de los resentimientos, críticas, celos, y frustraciones que nos salen del corazón. Pensamos que estamos trabajando para Dios, pero, la prueba de lo pequeño que es nuestro servicio para El, se revela en nuestro resentimiento y autocompasión cuando las acciones de los demás, las circunstancias, o la enfermedad nos tocan.

En estas condiciones, estamos tratando de dar a otros una respuesta que para nosotros no es verdadera ni suficiente. Lo trágico es que una gran parte de la actividad cristiana y sus servicios está dedicada a propagar una respuesta a las necesidades y problemas de las gentes, pero, que en la realidad, sólo muy pocos de los propagandistas la han encontrado adecuada en sus propias vidas. Debemos abandonar nuestras aspiraciones a trabajar en una esfera cada vez más amplia de servicio cristiano y concentrarnos en ver a Dios, encontrando en El la gran respuesta a nuestras vidas. Entonces, aunque estemos localizados en la esquina más oscura del globo terráqueo, las gentes harán un camino hasta nuestra puerta para obtener la respuesta. Nuestro servicio de ayuda al prójimo vendrá entonces incidentalmente a nuestra visión de Dios, como una directa consecuencia de verle a EL.

Esto no significa que Dios no quiere que entre-

guemos nuestras vidas a su servicio. El sí lo desea; pero generalmente, Su propósito es muy diferente de lo que nosotros pensamos. Nuestro servicio, en la mente de Dios, es que seamos más como la rueda del alfarero en la cual El nos pueda moldear, en lugar de que tratemos de lograr tan espectaculares objetivos como los que nos proponemos. El ve una afilada punta en nuestro carácter que hiere continuamente a los demás. Ve también en el interior de nuestros corazones los motivos de nuestra búsqueda egoísta y el orgullo que lo preside. Es por eso que Dios trae a ciertas personas a trabajar a nuestro lado para que se choquen contra esa afilada punta y la modifiquen. En otras ocasiones, también permite que algunas personas tuerzan o desvíen nuestros planes y se metan en nuestros zapatos. Si estamos prestando un Servicio a Dios como meta principal, reaccionaremos fuertemente y desearemos pelear o independizarnos y comenzar un nuevo servicio u obra por nuestra cuenta, con lo cual nos volvemos más personalistas que antes. Pero, si deseamos acatar lo que Dios nos ha permitido y nos arrepentimos de nuestra pecaminosa reacción, comprenderemos entonces que cada vez nos ha dirigido a una experiencia más profunda de su gracia y de su poder para satisfacer nuestros corazones solamente con El.

Igualmente, una desordenada búsqueda de experiencias espirituales puede desviarnos de la meta verdadera, porque si esto se convierte en el propósito de nuestra vida estaremos siempre ocupados en tales experiencias personales o por la falta de ellas. Esto produce una triste situación de cristianos hambrientos e insatisfechos que buscan

a tal o cual predicador quien tal vez pueda revelarles el secreto; o que asisten a convenciones y a conferencias probando nuevas fórmulas de bendición, o buscando nuevas experiencias sólo para caer en orgullo o la desesperación, según estimen que han recibido la bendición o no. Esto deja al cristiano en el mismo egocentrismo, ocupado en sí mismo y en sus propias experiencias. Puede conducirlo a uno a terribles angustias mentales por causa de la confusión de tantas técnicas y del énfasis en la santificación o doctrinas semejantes. No obstante, el UNICO que puede satisfacer nuestro corazón, ha estado a nuestro lado siempre, anhelando ser reconocido, amado y probado.

* * * * *

Entonces, el propósito de la vida es ver a Dios y permitirle que nos vuelva a la antigua relación de sumisión a El. Quizás pudiéramos desear que Dios se contentara con algo menos de nosotros, como dice C. S. Lewis: "Es natural desear que Dios nos hubiera asignado un destino menos arduo y glorioso. . . Esta es una carga de gloria no sólo más allá de nuestros merecimientos, sino también, excepto en raros momentos de gracia, más allá de nuestros deseos". (1) Mas no debemos rebelarnos contra los altos designios de Dios. El barro no discute con el alfarero, pues sabe que el alfarero tiene todo el derecho de darle la forma que desee. Nuestro más alto bien sólo se consigue en la sumisión. Se ha dicho que en el corazón de cada hombre hay un espacio vacío que tiene la forma de Dios. Pero, también es cierto, que en el corazón de Dios hay un lugar con la forma de cada hombre. Por eso es que

Dios nos busca constantemente; las cosas terrenales, ni siquiera el servicio, podrán jamás satisfacer nuestros corazones. Sólo Dios puede llenar ese lugar que lleva Su forma. Si nos sometemos, algunos de nosotros obtendremos una nueva perspectiva y un nuevo gusto por la vida, aun en las situaciones más difíciles. Tan pronto como cambia el énfasis de “hacer” a “estar” hay un relajamiento. Puede que las situaciones no cambien, pero nosotros sí habremos cambiado. Si la relación con Dios es nuestra primera prioridad, podremos estar en relación con El en la cocina, en la enfermedad, y en toda clase de pruebas y situaciones difíciles que se presenten. Cualquier cosa que se interponga en nuestro camino, aún las tareas más tediosas, están allí para ser ejecutadas para Dios y para su Gloria. Desaparecerán las antiguas oposiciones, la esclavitud y la frustración. Estaremos en paz con nuestro Dios y con nosotros mismos.

Una cosa sé, a El no puedo decirle no;
Una cosa hago, prosigo hacia el Señor:
Mi Dios mi gloria aquí de día a día,
Y en la gloria, mi gran recompensa.

(1) C. S. Lewis “El Problema del Dolor.”